

MONTEVIDEO/AÑO XXXIV/OCTUBRE 27 DE 1972/N.º 1616/PRECIO \$ 110.

# MARCHA



**EL PUEBLO  
A LA CALLE  
PARA IMPONER  
LA DEMOCRACIA**

## RESCATE

# Marosa según Peri Rossi

Néstor Sanguinetti

En 1971 la editorial Arca, dirigida por Ángel Rama, publicó la primera reunión de la poesía de Marosa, bajo el nombre de *Los papeles salvajes*. El libro fue reseñado por la entonces joven escritora Cristina Peri Rossi al año siguiente en *Marcha* el 6 de octubre de 1972. Si bien Marosa todavía no era la escritora de culto que llegó a ser, llama la atención la demora en la crítica sobre este libro.

No eran tiempos sencillos. Basta con mirar los titulares de tapa del semanario para confirmar la temperatura política del país, por citar dos ejemplos de ese mismo mes: “¿Quién manda en este país?” (20/10/72) y “El pueblo a la calle para imponer la democracia” (27/10/72). En aquellos años la poesía era, también, una forma de resistencia y de lucha. En enero de 1972 Ida Vitale publicó el poemario *Oidor andante*: “Hasta el lenguaje llegan / los indicios del miedo”. Dos años antes Circe Maia había advertido al final de *El puente*: “Prepárate. / El día duro ya está amaneciendo”. También en 1970, Peri Rossi había escrito en *Indicios Pánicos*: “hay / un olor a rencor y muertos / que me asfixia / o será este silencio de diez de la noche por la calle / la ciudad sin autos / la ciudad con miedo / y quince mil presos políticos”.

En su reseña, Peri Rossi no solo destaca lo que *Los papeles salvajes* es, sino lo que *no es*: “Lo que sucede en el mundo no influye en la escritura de la autora, que gira continuamente en la esfera de su privacidad”.

Desde los comienzos de su recepción se señaló el carácter autoabastecido y autosuficiente del universo poético de Marosa. El primero en hacerlo fue, acaso, Ángel Rama en sus *Cien años de raros* (1966). Libro en el que incluyó a otro raro de nuestra literatura: Felisberto Hernández, con quien Marosa se sintió hermanada en esa original forma de ver el mundo. “Es como una inundación donde aparecen anchas flores en forma de taza o budinera, pero que esconden amenazantes significados –dice Marosa leyendo(se) en Felisberto y haciendo alusión a “La casa inundada”–, descubrió hilos blancos e hilos negros con los que tejí esa



madeja mágica, mixtura de nostalgia, recuerdo, enroscamientos, vaivenes, transfiguraciones, solapadas y encantantes, que constituyen un universo asombroso y casi sin parentescos” (di Giorgio 2007 99-106). También aquí se pueden tender lazos entre los dos *raros*, ambos son dueños de una obra *sui generis* y ambos se adentraron en *las tierras de la memoria* y Cristina Peri Rossi los conecta en su reseña. La misma afirmación que Marosa hace de Felisberto podría aplicarse a su obra, con la salvedad de que ese espejo felisbertiano se corresponde con el reflejo policromo de su universo poético.

La autora de esta reseña ignoraba que antes de que su texto fuera publicado, ella ya no estaría en Montevideo. “La palabra mágica” fue la última colaboración de Peri Rossi en *Marcha* antes de abandonar el país y exiliarse en España.

\* \* \*

Meses antes de que se publicara este número de la Revista, recibí un correo electrónico desde Barcelona. La poeta que hacía más de cuarenta años había publicado esta reseña volvía a leerla desde el exilio y a recordar el poder mágico de la palabra en la carta que me envió:

Néstor:

Tu esfuerzo investigador ha recuperado la nota crítica que publiqué en *Marcha* en octubre de 1972 sin saber que sería la última, y que cuando viera la luz, yo, destrozada de dolor, habría huido de mi querido Montevideo, una ciudad ocupada por las Fuerzas Conjuntas, a bordo de un barco italiano –el *Giulio Cesare*–, viaje que recreé en mi novela más famosa –*La nave de los locos*– inexplicablemente inédita todavía en Uruguay.

Recuperar esa nota ha sido evocar el dolor de esa partida –“partir es partirse en dos” digo en uno de mis poemas– volver a sentirlo; y ahora decime vos, Néstor, cómo salgo a flote, en esta otra ciudad, Barcelona, donde milagrosamente vivo, cuando tantos otros se han marchado.

No sabía que sería la última, ni sabía que tendría que partir, abandonando mi apartamento de la calle Cebollatí, lleno de libros y de discos, desde cuyo gran ventanal, en noches de espanto, había visto lanzar bolsas de arpillera cargadas presuntamente con cadáveres humanos al mar.

Leí la nota que publiqué entonces y me pareció justa y que resalta lo más entrañable de la poesía de Marosa. Uruguay es un extraño y maravilloso país lleno de locos y locas lind@s, como dice el tango, de políticos filósofos, como el Pepe Mujica, y de escritores “raros” que asumen su destino, como Felisberto Hernández o la propia Marosa.

Una literatura, la uruguaya, llena de escritoras mujeres, a diferencia de otras, donde todavía son pocas. Entre ellas, Marosa hace las delicias de las rarezas.

Cristina Peri Rossi  
Barcelona, julio de 2017

\* \* \*

## La palabra mágica

*Los papeles salvajes* reseñado en *Marcha*

En 1966 al organizar la antología *Cien años de raros*, Ángel Rama, reunió en un solo volumen algunas de las manifestaciones literarias más originales de nuestras letras, aquellas que de una forma u otra escapaban a las líneas visibles del desarrollo literario uruguayo, o sea al realismo criollo y vernáculo, al realismo de raíz hispánica e, incluso, a las fórmulas derivadas del naturalismo o del decadentismo finisecular. Es curioso cómo alguno de los autores seleccionados –Felisberto Hernández, por ejemplo– dejó de ser un “raro” (en el sentido de la difusión minoritaria de su obra tanto como en el de su visión del mundo) para ser un hito obligado en toda referencia seria a nuestra literatura, y aun, cómo el pasaje del tiempo afianza su género narrativo y su influencia en las letras hispanoamericanas modernas como lo han reconocido a su tiempo muchos importantes creadores contemporáneos, en una línea donde el desgarramiento de la realidad, las claves oníricas, el empleo de recursos fantásticos, no son meros adornos sino formas de explorar el mundo.

En aquel volumen del año 1966 apareció un texto de Marosa di Giorgio, salteña, que desde el año 1954 publica libros de poesía y algunos otros de un género más difícil de definir, pero que podríamos calificar de *prosa poética*, para no salirnos de un mundo que gusta de los casilleros.

En el prólogo a esa edición, Rama se limitaba a señalar que Marosa “viene componiendo un universo que elude el afán de semejanza con la realidad y que trata de autoabastecerse”.

A fines del año pasado, la misma editorial publica *Los papeles salvajes*, volumen que reúne la por ahora obra completa de Marosa di Giorgio (1971).

La primera característica del libro es una ostensible unidad de visión del mundo, de estilo, de clima literario. Podrían ser indefinidas variaciones acerca de unos pocos temas, casi siempre fantasmales, que a veces ni siquiera alcanzan la dimensión de un argumento pero que



vienen, siempre, rodeados de un encanto brillante y una suerte de aura misteriosa que los envuelve, los separa de la realidad y los lleva a una instancia onírica.

El libro de Marosa –sin quererlo– plantea algunas de las polémicas más apasionantes acerca del quehacer artístico, del específicamente literario, ya que para juzgarlo de una manera que no sea solamente impresionista, deberíamos partir de una definición acerca de qué es la literatura, y esa es tarea demasiado extensa para una reseña. Por lo tanto, apuntaré las características del volumen, prescindiendo de ese punto, aunque necesariamente, para un juicio último, el lector deba planteárselo. En primer lugar, es un libro lírico, donde la expresión de las emociones de las sensaciones y la recreación de atmósferas parece ser el objetivo primordial. Esto se obtiene a través de una de las escrituras más hermosas que nos han dado las letras uruguayas, con un lujo plástico y metafórico de gran vuelo poético. Imaginación y estilo para la tarea. Recreación de lugares, sitios y atmósferas con minuciosidad ornamental para el color, las formas, los objetos, los olores, pero recreación que no se ciñe al aspecto de lo real, sino al espectro del sueño. Y al mismo tiempo que experimentamos el hechizo de ese mundo fantasmal plagado de tías, abuelas, viejos y niños, comprobamos una ausencia: ese mundo recreado a nivel estético y expresado en la calidad de las imágenes es un mundo autónomo que no se representa más que a sí mismo, y que no intenta en ningún momento explorar la realidad –aunque sea alusivamente–, ni juzgarla, ni desentrañarla. La autora se expresa y se comunica, pero no está interesada en la posibilidad de enjuiciar al mundo a través de sus criaturas, sino de verter sus contenidos interiores, los fantasmas de su imaginación, las presencias interiores, íntimas, de su sensibilidad y estas claves tan singulares, tan exclusivas, tan dependientes de su individualidad y nada más, vuelven ingrátido el libro, en el sentido de que no afecta a la realidad, no procura modificarla ni influir en ella, al punto que, históricamente, las fechas de escritura de las diferentes partes que conforman el libro podrían ser intercambiables. Lo que sucede en el mundo no influye en la escritura de la autora, que gira continuamente en la esfera de su privacidad. Arma, construye monta un espectáculo fascinante, donde solo queda la posibilidad de contemplar. Creo que es en ese sentido que debe tomarse la afirmación de Rama acerca de una literatura que se “autoabastece”: la autora prescinde de toda connotación; las claves –que las hay– salen de ella y se revierten sobre su escritura, sin poder de alusión sobre la realidad. Es el puro y estético goce de expresarse construyendo, eso sí, períodos hermosos, sonoros, figuras que seducen los sentidos sin tocarnos la razón. Un mundo muy particular, muy autónomo que alcanza a comunicarnos su belleza pero que solo postula como valor a la imaginación y la sensualidad.

